

LAS VEGAS.— Las azafatas del avión se despiden de los pasajeros con los datos rutinarios de temperatura y hora local para terminar con un desacostumbrado: "¡Buena suerte!"

Es la primera señal que tiene el pasajero primerizo de que está llegando a un lugar poco común. Al descender del avión, tendrá la primera sorpresa y ellas no terminarán hasta que se despidan de Las Vegas con los bolsillos vacíos o repletos, pero, en todo caso, con los ojos impregnados de la visión desconcertante de un artificial paraíso donde reinan el juego, la diversión y el ocio.

En el aeropuerto, mientras se esperan las maletas, los más ansiosos se separan del grupo y ya comienzan con el extraño rito de las máquinas tragamonedas, omnipresentes en todas las dependencias del aeropuerto Mc. Carren, como en cualquier lugar público de Las Vegas. Y el desprevenido pasajero principia a escuchar el sonido que lo acompañará durante toda su permanencia en el oasis. Un sonido metálico, monocorde, que hace el brazo mecánico manejado por el brazo humano, mientras los ojos no se despegan de las figuras que van indicando si la moneda colocada en el vientre del idolo de Las Vegas, será tragada o devolverá multiplicada la semilla en cinco, diez, veinte, cincuenta o cien monedas iguales.

Uno espera la maleta y dice: "¡Qué gringos más tontos! ¡Entretenerse con esas maquinitas!" Y tres días y tres noches después, en el mismo aeropuerto, pronto a despegar el avión que nos alejará de Las Vegas, se está sacando la cuenta de cuántos dólares, en definitiva, le tragó la maquinita.

Porque si se va a Las Vegas, es imposible no jugar. Todo lo conduce a las fichas de las ruletas, a los naipes del baccarat, a la fascinación de los dados. Y si todo eso es muy complicado para usted, allí están, unas al lado de otras, tintineantes, refulgentes, las máquinas tragamonedas que parecen manejadas por un diabólico cerebro electrónico. Al jugador timorato, nunca dejará de devolverle multiplicada su moneda de a cinco, diez o veinticinco centavos de dólar. Y cuando el timorato se envalentona..., bueno, ustedes ya saben lo que le pasó a Capercucita Roja.

TROPICANA

Llegué al "Tropicana", el hotel que junto al "Ceasar's Palace" se disputa el honor de ser el más lujoso entre los lujosos hoteles de Las Vegas. Había cola en la recepción. Cola de gente que entraba, cola de gente que salía. A todas horas —advertiría después—, la misma cola en la recepción.

El portero que me lleva las maletas me confidencia que se llama John y me pregunta de dónde vengo. Satisfecha su curiosidad me dice: "Usted ha llegado al "Tropicana", el más lujoso hotel de Las Vegas. A lo que tiene que dedicarse

Desde Las Vegas escribe
Sergio Vodanovic

LAS VEGAS

UN STRIP SIN TEASE



ahora es a jugar, mirar shows, divertirse y cazar niñas".

—Nada de eso —replico yo—. Vengo a trabajar.

—¿Trabajar? En Las Vegas no se trabaja...

Y me introduce a mi habitación. ¿Recuerdan ustedes esas películas en technicolor de Doris Day y Rock Hudson? ¿Recuerdan esos interio-

en esos espejismos que dicen que hay en los desiertos, vi el aviso de un hotel. Me encaminé hacia allá. Después de caminar dos kilómetros llegué al "Aladdin". Pero ya había aprendido mi lección y, desde entonces, para ir de un hotel a otro usé el taxi. El dato de Lidia era correcto. Los hoteles estaban uno tras otro en el Strip. Lo que no me

de los jugadores de crap. Siempre la misma piscina monumental donde nunca hay más de una docena de personas tomando el sol (porque resulta inaguantable) y recuperando fuerzas para enfrentar las emociones del juego. Siempre las mismas tiendas lujosísimas, dentro de cada hotel, donde no es posible comprar un vestido por menos de cien dólares ni una camisa de hombre por menos de veinte. Solamente los acólitos de estos templos del juego se diferencian entre sí. Para ser más preciso, habría que decir "las acólitas", porque la gran mayoría del personal de servicio, las que cambian fichas, sirven cocteles, etc., son muchachas estupendas que en el "Ceasar's Palace" lucen peinados cónicos y visten cortas y escotadas túnicas blancas, mientras que en el "Bonanza", manteniendo la mini y los escotes, visten de vaqueras. Así, en cada hotel el uniforme revelador, pero no mucho, tiene su sello personal e identificador.

...UN STRIP SIN TEASE...

res en colores pasteles, alfombras muelles, terrazas soleadas, lámparas de bronce con angelotes rubicundos? Eso. Eso es una habitación en el "Tropicana". A los que la pagan, les cuesta cuarenta dólares diarios. Durante los tres días —y sobre todo las tres noches— que estuve en esa habitación esperé ver surgir a Doris Day detrás de las cortinas. Pero fui defraudado. Tal vez estaba filmando otra película en la habitación del lado.

EL STRIP

En Chile, Lidia Baltra me había anticipado: "En Las Vegas, no hay dónde perderse. Todos los hoteles importantes están en una gran ave-

había dicho es que, generalmente, entre uno y otro suelen haber uno o dos kilómetros de distancia.

Y así, tomando taxi como único medio de movilización, visité los hoteles cuyos nombres hacen soñar y palpar a millones de norteamericanos y a otros millones del mundo entero: "Dunes", "Sands", "Desert Inn", "Flamingo", "Ceasar's Palace", "Frontier", "Stardust", "Riviera", son algunos de los nombres de estos templos. Cual modernas Meccas constituyen la meta del constante peregrinaje de un gran porcentaje de la población de los Estados Unidos que todos los años, en cualquiera época, acuden a lavar su cerebro de las preocupa-

EL TIEMPO NO EXISTE

El hombre o la mujer que en Las Vegas extravíe o se le eche a perder su reloj pulsera está perdido en el tiempo. Jamás verá un reloj en la pared o en cualquier sitio visible. Al mismo tiempo de entrar a uno de los lujosos hoteles del Strip se pierde la noción de la hora. La iluminación es siempre artificial. Los hábitos no cambian al correr del día. El bar es atendido las veinticuatro horas, al igual que el juego

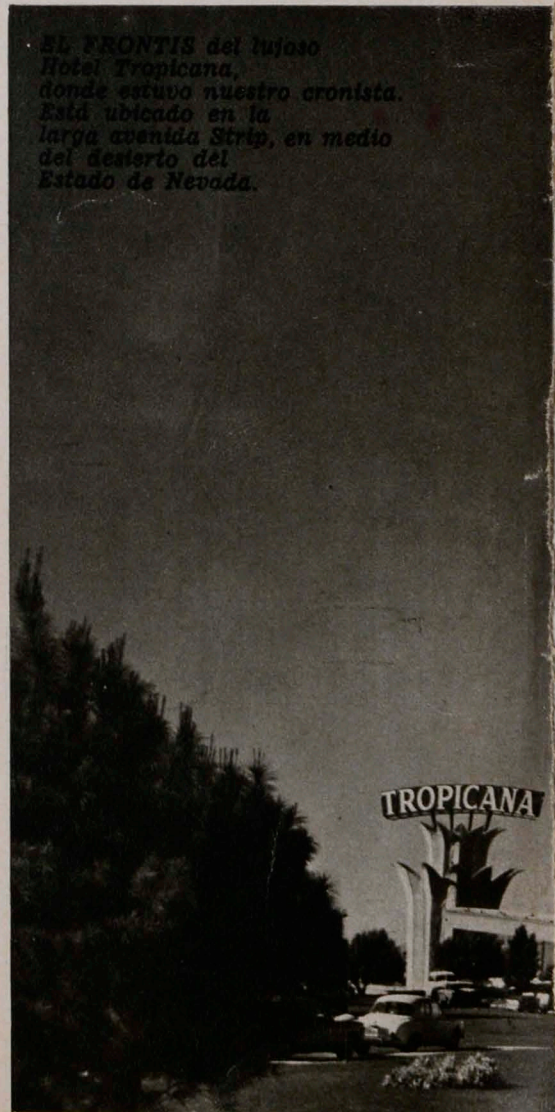


nida que se llama el Strip. El "Tropicana" está al comienzo del Strip, después vienen uno tras otro". Salí del "Tropicana" y enfilé por un costado del hotel. Cuando el hotel se me terminó me encontré en el desierto. Como un Lawrence de Arabia cualquiera. Desandé el camino y me fui por el otro costado. Igual resultado. Le pregunté a un portero dónde quedaba el Strip. "Ahí, frente a usted." Lo que me mostraba era una gran avenida vacía. Me acerqué y, a lo lejos, como

ciones y presiones de la vida contemporánea.

Para el viajero neófito, estos templos no difieren mucho uno de otro. Siempre la recepción con las colas de viajeros que llegan y se van; siempre la misma sala del tamaño de una cancha de fútbol, donde están las máquinas tragamonedas, los dados, las ruletas y las cartas. Siempre el mismo ruido metálico, interrumpido por el alegre tintinear de monedas que caen abriendo esperanzas y los gritos cabalísticos

EL FRONTIS del lujoso Hotel Tropicana, donde estuvo nuestro cronista. Está ubicado en la larga avenida Strip, en medio del desierto del Estado de Nevada.





**LAS MAQUINAS
TRAGAMONEDAS,**
*omnipresentes en todos los
lugares en Las Vegas.*
*En la foto, cuando
Frank Sinatra se jugaba la
suerte; después, fue
dueño de uno de los lujosos
hoteles, el "Sands"*

y los restaurantes y las tiendas. Las Vegas no cierra nunca. La mayor sorpresa que recibe el viajero primerizo es que al levantarse la primera mañana en el Strip, baja al piso principal y ahí encuentra, no importa la hora que sea, a la misma gente —o al menos pareciera que fuera la misma, pues debe suponerse que se ha renovado— que ha dejado jugando la noche anterior.

Apenas existe el indicio de la vestimenta. En la mañana, más deportiva; al acercarse la noche, los trajes de fiesta, las "minis" estilizadas y los pijamas de tarde reinan en los salones.

Pero este olvido del tiempo y de las preocupaciones del mundo que se ha dejado atrás es más aparente que real. El norteamericano no olvida sus inversiones y sus negocios, ni siquiera en Las Vegas. Un hotel que se respete tiene un teletipo conectado con Wall Street donde automáticamente van apareciendo las cotizaciones de las ruedas de la bolsa. Y en un rincón de la gran sala de juego, se ve a hombres y mujeres recorrer ansiosos las largas tiras de papel que contienen las fluctuaciones del valor de las acciones y, después de tal revisión, decidir si juegan en vista de las ganancias obtenidas en la bolsa o para reponerse de las pérdidas.

SE ACABO LA BOHEMIA

Los Estados Unidos tienen una capacidad extraordinaria para oficializar e incorporar dentro de su orden social lo que alcanza éxito; no obstante que se haya iniciado como una forma de reto a la moral norteamericana. Así, nadie se avergüenza de leer el "Playboy" en un bus y, por el contrario, es signo de nivel intelectual; al "Playboy Club" de cualquiera gran ciudad norteamericana sólo llegan las personas pudientes y decentes y Las Vegas, que cuando principió su auge fue sinónimo de garito y de placeres prohibidos, hoy ha perdido toda traza bohemia y es la cita obligada de la gran burguesía norteamericana. Por eso, el Strip, la calle de los grandes hoteles es un Strip sin "tease". Lo osado llegará siempre hasta el límite preciso que no moleste a la seria matrona que ha ido a celebrar sus "titantos" años de matrimonio, pero que a la vez la haga sentir que está viendo algo ligeramente prohibido. Nada equivoco se aprecia a simple vista en los lujosos hoteles, pero, oculta-mente, los porteros y ascensoristas son los celestinos de una prostitución que existe, pero que no se nota.

Ir a Las Vegas es distinguido. Es caro. Es estar "in".

Por eso, por el mucho dinero que corre de gente pudiente que es su principal visitante, le permite exhibir los mejores shows no sólo de los Estados Unidos, sino también de Europa.

Pero los shows de Las Vegas es el tema de la crónica de la próxima semana.

Hasta entonces. ■

